

temente de vosotros los peligros de la incredulidad, si llegamos á convenceros de que el cristianismo que combate, es el beneficio mas excelente que la humanidad pudo recibir; que es la religion más sublime en sus dogmas; más santa en sus preceptos y más augusta en sus ritos, que el entendimiento humano pueda concebir. Para haceros conocer mas perfectamente esta admirable ley (y tal es el mas seguro medio de defenderla), la tomaremos en sus fuentes sagradas; os presentaremos, así los oráculos divinos en que está consignada como los respetables monumentos de la tradicion que los han transmitido hasta nosotros. De esta suerte quedaréis asegurados de que no os presentamos ninguna novedad; y estaréis al alcance de comparar las verdaderas lecciones del cristianismo con las que le atribuyen sus adversarios.

los manuales de toda felicidad? Pero estas verdades sublimes que tanto importa al hombre conocer, era esencial que Dios se dignase comunicárselas. Él las ha colocado á una altura á que la razon jamás puede llegar. Solo Dios ha podido hacernos conocer á Dios. Considerad los progresos que la razon ha hecho en la religion, mientras Dios la ha dejado á sí misma; juzgad de lo que puede producir, por lo que ha producido en un tan gran número de siglos, que algunos han sido de tan ilustrados. Ved cuáles eran los dogmas de esas naciones célebres, que sobre otros tantos ob-

### DOGMAS.

El primer beneficio de la religion, es el de agrandar el círculo de nuestros conocimientos. Nuestra razon es hecha para la verdad; ella lo reconoce en el ardor con que la solicita por todas partes. Orgullosa á la vez de sus luces, y corrida de su poca estension, se agita para engrandecerlas, y se esfuerza en todas direcciones para ampliar los límites que la circunscriben. Si el entendimiento humano es tan ansioso de conocimientos, por lo comun puramente especulativos, y que no tienen otro mérito que ser posesiones nuevas, agregadas á su dominio; ¿en qué estima no deberá tener aquellas verdades preciosas, que tienen con él las mas íntimas relaciones, le manifiestan su autor, le revelan su origen, le descubren su término, le marcan su carrera; son, en fin, los fundamentos de toda instruccion, los principios de toda virtud y

los manantiales de toda felicidad? Pero estas verdades sublimes que tanto importa al hombre conocer, era esencial que Dios se dignase comunicárselas. Él las ha colocado á una altura á que la razon jamas puede llegar. Solo Dios ha podido hacernos conocer á Dios. Considerad los progresos que la razon ha hecho en la religion, mientras Dios la ha dejado á sí misma; juzgad de lo que puede producir, por lo que ha producido en un tan gran número de siglos, de que algunos han sido tan ilustrados. Ved cuáles eran los dogmas de esas naciones célebres, que sobre otros tantos objetos han avanzado y parecen haber fijado los límites del entendimiento humano, y que han llevado sus artes á un grado que nosotros desesperamos alcanzar; examinad la teología de los genios profundos que esclarecieron al universo, de esos filósofos que sus siglos contemplaron con respeto, y los siguientes con admiracion, y de quienes los incrédulos de nuestros dias aun se vanaglorían ser imitadores; recorred sus incertidumbres, sus contradicciones, sus torpes errores sobre Dios y su Providencia, sobre la naturaleza, el origen y destino de la alma humana, sobre el primer principio y sumo bien: su ignorancia sobre la religion es tan asombrosa, como su superioridad en los otros géneros; de todos sus esfuerzos para llegar al conocimiento de las verdades celestiales, no hay uno solo de que el entendimiento humano

pueda gloriarse, y tal es la confesion que han hecho los mas esclarecidos de entre ellos, de su impotencia, y de la necesidad de una revelacion divina.

Esta revelacion, cuya necesidad habian reconocido los padres de la filosofia, Jesucristo la ha venido á traer á la tierra. La ha anunciado con la autoridad de un Dios, y probado por milagros. Así era como convenia que el género humano fuese ilustrado, y digno de la suprema sabiduría el sujetar la persuasion de la ley, que debe someter á todos los hombres, á pruebas de hecho, que estuviesen al alcance de todos los talentos. Así se encuentran conciliados los intereses de la razon humana y los de la fé divina. La autoridad sagrada, que es el principio de una y otra, ha marcado sus límites respectivos: los motivos de nuestra creencia, véase lo que forma el dominio de la razon; los objetos de ella, hé aquí lo que compone el imperio de la fé. Que la razon ejerza libremente su soberanía; que juzgue con independencia las pruebas del cristianismo: lejos de combatir los derechos de la razon, la misma religion los consagra. Nuestro divino Legislador exhortaba á los judíos al exámen de su autoridad; sus apóstoles invitaban á lo mismo á los paganos; nuestros padres han convidado á él constantemente á los extraviados de todos los siglos, y nosotros los oponemos todavía con confianza á la moderna incre-

dulidad. Jamas temeremos ver trastornado el cristianismo, por los medios que lo han establecido, á pesar de tantos obstáculos, y sostenido, en medio de tantos enemigos.

De esta manera, nuestros dogmas sagrados, aun los que la razon no puede comprender, se han hecho creibles por la razon. El primer carácter de nuestra fé es ser racional: no, sin duda, porque una razon muy presuntuosa descubra todos los objetos, sino porque ilustrada nos muestra los principios. La razon no limita á esto solo los servicios que presta á la religion. Como soberana absoluta en la estension de su dominio, conserva su dignidad bajo el imperio de la revelacion, la ayuda á rechazar los errores que atacan á la fé; la segunda en la reforma de los abusos que la desfiguran; contribuye á ilustrar la piedad, á acendrar el celo, á alejar de la una la supersticion, á separar al otro del fanatismo; y su útil influencia se hace sentir hasta en su sumision. ¡Admirable concierto de estas dos autoridades que Dios nos ha dado para dirigirnos! Tanto la revelacion somete sus pruebas al exámen de la razon; tanto ésta sujeta sus ideas á los decretos de aquella: con frecuencia ambas marchan unidas, se socorren, se auxilian, se prestan una fuerza mútua; y siempre su preciosa reunion tiene por objeto nuestra instruccion y nuestra dicha.

¿Qué malhadado interés ha podido, pues, en es-

tos últimos tiempos hacerlas mirar como dos potencias rivales que se disputan el imperio de los espíritus? Estas barreras eternas que la razon siempre habia considerado con respeto, la incredulidad emprende al fin echar á tierra. Orgullosa por los nuevos descubrimientos, con que el espíritu humano ha engrandecido su dominacion, osa intentar conquistas hasta sobre el dominio que Dios se ha reservado: todo lo que no puede usurpar, pretende destruirlo, y su proyecto es el de aniquilar todas las verdades que le fuere imposible reducir bajo el yugo de la razon. Tal es el sistema moderno: todos los dogmas religiosos que la razon no comprende, debe rechazarlos, y desde que les parecen serle superiores, los juzgan contrarios. Que los incrédulos contemplen, empero, lo que diariamente pasa á su vista. ¡Cuántas verdades ciertas, incontestables, á las cuales se eleva la filosofia por la fuerza del raciocinio, sobrepujan la inteligencia del vulgo! ¿Y esta misma filosofia podrá asombrarse de que las verdades de la religion estén por encima de todos los entendimientos humanos, como si estuviese en su poder el calcular hasta qué punto las ideas de Dios deben estar sobre las de los hombres? Sí, en vano es que se oponga á la claridad de las pruebas de nuestra fé la incomprendibilidad de sus objetos: la razon misma nos enseña que es conforme á sus principios someterse á verdades que no puede comprender.

El sentimiento mas íntimo que la razon humana tiene de sí misma, es el de su debilidad: ella no penetra la causa, que solo una luz superior puede descubrirle; pero siente el efecto. A cada paso tropieza con un misterio. Este es el ciego á quien falta un sentido para conocer la manera con que existen las cosas. Cuando nosotros emprendemos profundizar la naturaleza, sondear sus principios, sumergirnos en el exámen de las causas, nos hallamos detenidos por una impenetrable oscuridad, nuestras ideas se extravían, se pierden y disipan en la inmensa region de los sistemas. Nosotros ignoramos la esencia de la materia y sus grandes propiedades; no comprendemos ni la naturaleza del alma, ni su union con el cuerpo. Cada siglo, añadiendo algo á nuestros conocimientos, nos trae nuevas oscuridades: en este vasto campo de los conocimientos humanos, en que nuestra razon se muestra tan orgullosa, pasa lo mismo que en la tierra, cuyo dominio nos ha concedido el Criador: los hombres han recorrido en todas direcciones su superficie; pero jamas penetrarán hasta el centro. En todo género, no conocemos sino superficies. La oscuridad de nuestros conocimientos es una de las enfermedades de nuestra naturaleza; nuestra razon es limitada como nuestras fuerzas; y no tenemos mayor derecho á conocerlo todo, que á poderlo todo.

El universo que Dios abandonó á nuestras dis-

putas, está lleno de tinieblas para nosotros; ¿y su religion, que reservó para objeto de nuestras adoraciones, nõ nos presentará ninguna? ¿Será posible, pues, que percibamos todos los grados de esta escala sagrada, por cuyo medio la tierra comunica con el cielo, y que nuestros ojos atraviesen la nube que cubre la estremidad. Envuelta en materia, ligada á los sentidos por una cadena que no conoce, pero cuyo peso siente continuamente, nuestra razon aquí abajo no ve sino al través de los sentidos; ni juzga los objetos estraños, sino comparándolos á los que le ofrecen los sentidos. Cuando, pues, os prohibimos profundizar los misterios, no hacemos otra cosa que vedaros una falsa comparacion. ¿Y cuál, en efecto, qué relacion, qué medida comun puede haber entre los objetos que presentan los sentidos, y los que proponen nuestros misterios? A Dios mismo, con sus eternas operaciones, es lo que la religion ofrece á nuestra fé; ¿y esta débil razon, que no comprende la naturaleza de ningun sér, pretenderia seguir la huella del Omnipotente, y elevarse á la altura de sus perfecciones? Encerrado en una luz inaccesible, prohíbe á las miradas de los mortales penetrar hasta su trono; oprime con el peso de su gloria al que emprende sondearlo. Luego, ¿quién es el hombre, clamaba en otro tiempo el mas prudente y sabio de los mortales, rey, filósofo, profeta inspirado de Dios; quién es el hombre para osar seguir al Soberano que lo ha criado?

El Sér infinito es incomprendible por su naturaleza. La razon no puede figurárselo de otra manera: las nociones mismas que nos dá están llenas de misterios. Ella nos dice que existe necesariamente; ¿mas puede darnos la idea de un sér que encierra en sí la razon de su propia existencia? Nos lo representa eterno; ¿pero nos hace concebir una duracion sin sucesion, ó una sucesion sin principio ni fin? Nos lo pinta inmenso; mas no nos explica, ni una inmensidad sin estension, ni una estension sin materia. Nos atestigua que es inmutable, y reconoce que es libre; descubre su presencia infinita, al mismo tiempo que siente su propia libertad: todas estas verdades, y una multitud de otras tan inesplicables, son dogmas de la religion natural; la razon llega á conocerlas, mas no puede elevarse hasta contemplarlas; le es igualmente imposible negarlas y conciliarlas. Si desde los primeros pasos que dá en la contemplacion del Sér supremo, unas tinieblas tan espesas la obligan á detenerse, ¿no deberá aguardar encontrar muchas mas, cuando la revelacion la haya introducido mas adentro en este conocimiento? Una religion sin misterios, pareceria evidentemente la obra del hombre; llevaria el sello de todas sus producciones; seria hecha á su medida.

Preguntemos á nuestra vez á estos adversarios que combaten nuestros misterios con tanta confianza como altivez; preguntémosles si los sistemas

que nos oponen no encierran tambien misterios. ¿Habrá alguno entre ellos que ose vanagloriarse de presentar solamente principios claros y fáciles de comprender? ¿Será acaso el pirronista que todo lo aniquila; el testimonio de los sentidos, la autoridad de la razon, y hasta la certidumbre de su propia existencia? ¿Será el materialista? Mas él propone á nuestra inteligencia una materia eterna, un sér necesario que no tiene sino cualidades contingentes; un sér divisible, capaz de operaciones tan simples como el pensamiento. ¿Será el ateo? ¿Y cómo os hará éste comprender una série de séres sin un primer ser, y un órden admirable, efecto de una ciega casualidad? ¿Será el deista, que se cria un Dios sin providencia? Que os haga, pues, él conocer esta ociosa divinidad que ha criado el mundo, y que no lo gobierna; que ve el mal, y que no lo castiga. ¿Será el indiferentista, que mira con iguales ojos todos los cultos? ¿Nos explicará éste cómo el Sér, esencialmente verdadero, recibe con la misma complacencia los homenajes del error y de la verdad? ¿Estraña ceguera de nuestros adversarios! mas así es como el error se traiciona siempre por sus inconsecuencias. Se rechazan nuestros misterios, se les condena, se rehusa aun examinar los motivos de su credibilidad, únicamente porque son incómprensibles; y se entrega sin ningun trabajo á dificultades mas incómprensibles todavía. Y aun hacemos

favor á la incredulidad, cuando no reprochamos á sus diversos sistemas, sino la incomprendibilidad.

Todo, pues, está lleno de misterios: la razon los encuentra por todas partes; en la naturaleza, en la religion natural, en la misma incredulidad. No le es á ella, por tanto, admisible rechazar los dogmas del cristianismo so-pretesto de su oscuridad. Nosotros vemos brillar en lo alto del firmamento, cerca del trono del Eterno, las verdades, sobre las cuales este sol de inteligencia estiende una porcion de su luz; pero no percibimos sino la parte que ilustra con sus rayos; el lado que tiene en la oscuridad escapa á nuestras miradas. ¿Y qué importa la claridad de las verdades reveladas, si la verdad de la revelacion es clara?

Forzada á reconocer en general la posibilidad de los misterios, y de confesar la obligacion de someterse á ellos, la incredulidad redobla sus esfuerzos contra los del cristianismo; los presenta como vanas especulaciones, inútiles á la felicidad del hombre, y por lo mismo indignos de la sabiduría divina, y propios para alejarnos de la religion. ¿De qué sirve esta multitud de dogmas? repiten constantemente sus defensores. ¿Nos hace mas sabios con las tinieblas de que llena nuestro espíritu? ¿Venimos á ser mejores porque nos adhiramos á opiniones indiferentes en sí mismas, y que no tienen ninguna relacion con la moral?

Cuando fuese cierto que no percibiésemos ninguna ventaja en nuestros misterios, ni penetrásemos la relacion que tienen con la instruccion, la felicidad y perfeccion del género humano, ¿pudiéramos por esto creer que estamos autorizados para repelerlos? ¿Pensamos tener derecho de interrogar al Criador, pedirle cuenta de sus motivos, admitir ó rechazar á nuestro arbitrio lo que, segun nuestras limitadas luces, juzgamos conveniente ó supérfluo, útil ó dañoso? ¿Y qué vendria á ser toda especie de autoridad, si los que le están sujetos, hubiesen adquirido el derecho de someterla á su vez á una tal inquisicion? Si no conocemos la utilidad de los misterios, no será esto sino un misterio mas. Juzguemos de lo que no comprendemos en la religion, por lo que se nos ha concedido comprender. La razon es forzada á convenir (y esta confesion es del mayor número de los incrédulos), que todas las lecciones del cristianismo que están á su alcance son sublimes: ella reconoce la verdad, siente la utilidad, admira las relaciones y la union: la misma autoridad es quien le propone los dogmas que no comprende; unos y otros tienen el mismo autor; todos manan de la misma fuente, y llegan á nosotros por los mismos canales. Yo contemplo con admiracion lo exterior de este soberbio edificio, su grandeza me asombra, su majestad me aturde, sus proporciones me pasman; y la habilidad de la mano que lo ha ele-

vado, me responde de la belleza de lo interior, donde no pueden penetrar mis miradas.

¿Pero será tan cierto que nuestros dogmas sagrados solo sean especulaciones indiferentes? ¡Ah! si al través de las nubes de que la Sabiduría eterna envuelve sus augustos decretos, algunos relámpagos, escapados por intervalos, nos dejan entrever la profundidad de sus designios, osemos seguir este resplandor saludable, y penetrando con él mas allá de las tinieblas misteriosas, elevémonos hasta el centro de luz de que partió.

Lejos de apartarnos de la religion los misterios, deben apegarnos mas á la misma; y tan distante de hacerla inverosímil, ellos contribuyen á manifestar su verdad. ¿Se osará decirnos que han sido forjados por la imaginacion? Hombres sin estudios, simples pescadores, que reconocen no comprender lo que anuncian, que se asombran ellos mismos de las maravillas que refieren; ¡véase á los hombres que se acusa de haber imaginado los misterios! Y si su imaginación hubiese sido capaz de inventarlos, ¿hubieran osado divulgarlos? ¿No habrían temido levantar contra la religion que anunciaban, nuevos enemigos, y proveerlos de nuevas armas? Para hacer á los apóstoles autores de nuestros misterios, era necesario suponerlos, por una parte, contra la evidencia de los hechos, muy ilustrados para inventarlos, y por la otra, muy insensatos para querer ellos mismos oponer obstáculos á su predicacion.

¿Y estos misterios son de tal naturaleza que puedan haber sido descubiertos por el raciocinio, ó forjados por la imaginacion? Ademas del carácter de grandeza y verdad, de que presentan la marca admirable, al que osando penetrar las primeras oscuridades se dedica á meditarlos, existe entre ellos una tal liga, un tan íntimo enlace, que aleja todavía mas la idea de una fabricacion. La Trinidad es el fundamento de los misterios del cielo; el pecado original de los de la tierra; el Hijo de Dios, descendido del seno de su Padre y revestido de nuestras enfermedades, reúne unos y otros; su sacrificio borra el pecado, obra la gracia, y se renueva todos los dias en la Eucaristía. Todos estos misterios se encadenan entre sí; forman un todo, un perfecto complejo; este es un sistema completo de religion, que no puede alterarse sin destruirla. Ellos componen la bóveda que sostiene todo el cristianismo; fuera de su sitio uno solo, haria desplomar el edificio entero. Tal es el principio de la mayor parte de los errores, y el fundamento de casi todas las objeciones contra nuestros misterios; se les divide para combatirlos; se aislan; se separan del cuerpo entero de que hacen parte. Mas considerándolos en su conjunto, todas las dificultades desaparecen; su reunion forma un foco de luz, que disipa todas las tinieblas.

No temamos, empero, elevar nuestras miradas